

LA CASA DEL TRADUCTOR
DE TARAZONA
Y LOS CENTROS EUROPEOS
DE TRADUCTORES LITERARIOS.

*Maite Solana**

Cuenta la leyenda que hace más de dos mil años el rey de Egipto Ptolomeo II Filadelfo, deseoso de atesorar en su famosa biblioteca los mejores libros del mundo y a petición de Eleazar, sumo sacerdote de Jerusalén, encargó a setenta doctos judíos de Alejandría que tradujeran al griego el Antiguo Testamento, en la versión que se conoce como la *Septuaginta* o versión de los Setenta. Para ello, Ptolomeo II recluyó a esos sabios judíos, convertidos en improvisados traductores, en la pequeña isla de Faros, frente a las costas de Alejandría, donde se hallaba la hoy tristemente desaparecida biblioteca. Inspirados por el Espíritu Santo, esos setenta traductores –o setenta y dos, según las versiones– coincidieron en dar una misma y única traducción en griego de un texto escrito originalmente en hebreo, traducción que, hasta entrado el siglo IV d.C., fue considerada por los Padres de la Iglesia casi como más *original* que la versión hebrea y cuyo prestigio ha llegado incluso hasta nuestros días. No en vano, ciento cuarenta –o ciento cuarenta y cuatro– manos habían coincidido frase por frase, palabra por palabra, en ofrecer una misma versión en griego del texto bíblico sin variar una coma. Los sabios habían tenido que

convivir juntos en la misma isla durante varios años para llevar a cabo tamaña empresa, si bien en su caso realizaron la traducción de manera individual, trabajando en celdas separadas y sin comunicarse sus progresos o dificultades. Porque la intención del faraón al reunirlos en la isla no fue estimular el trabajo en equipo de los traductores, sino garantizar la *fidelidad* de la traducción de un texto inspirado por el mismo Dios. Con un *autor* de semejante categoría, no es de extrañar la preocupación de Ptolomeo por disponer de una traducción lo más fiel posible al original y de setenta versiones para cotejarlo. No hizo falta, porque la inspiración divina guió a los sabios judíos, que por separado rescribieron una única versión. O, al menos, esto es lo que nos cuenta el texto alejandrino del siglo II a.C. que recoge la leyenda y que se conoce como la *Carta a Aristeas*.

Como sucede con todas las leyendas, lo que menos importa de este relato es su verdad o falsedad histórica. Como muchas leyendas, sirve para fundar un acontecimiento –en este caso, la traducción al griego de un texto tan importante como el Antiguo Testamento–, para anclarlo en un pasado ya mítico para nosotros –la ilustrada corte alejandrina del siglo III a.C.–, rodearlo de una aureola de prestigio y grandeza, y dotarlo de una dimensión sobrenatural. Aunque en nuestro siglo ya no cre-

*. Directora de la Casa del Traductor, Tarazona.

amos en los mitos –al menos, en algunos de ellos–, es difícil resistirse a no contemplar hoy esa isla de Faros, y a los traductores que supuestamente trabajaron en ella, como un embrión de lo que siglos más tarde serían las Casas del Traductor. Si Tarazona fue fundada por Hércules y reedificada por Tubalcaín, como reza la cita en latín que recibe a los visitantes que atraviesan el puente que lleva desde la catedral de Tarazona hasta la ciudad antigua, ¿por qué no habrían de ser Ptolomeo II, Eleazar y esos setenta sabios reclusos en la isla de Faros los precursores míticos de estas instituciones que llamamos «Casas del Traductor»?

Bromas aparte, la importancia de estas instituciones que hoy se despliegan en un buen número de países de Europa –hay Casas del Traductor en Francia, Bélgica, Holanda, Inglaterra, Irlanda, Alemania, Italia, Grecia, Eslovaquia, Hungría y Suecia–, está relacionada con la propia importancia de la traducción en la historia de la cultura occidental. Porque dicha historia, desde mucho antes incluso de la aparición de los griegos, sería impensable sin la traducción, sin la posibilidad de un puente que permita salvar y trascender las barreras lingüísticas. Para comprender el alcance del trabajo que realizamos en las Casas y Colegios de Traductores Literarios es preciso ser conscientes ante todo de la importancia que la traducción ha tenido y tiene en el sí de nuestra cultura.

En la medida en que, a partir de un determinado momento, la escritura se constituyó en un sistema comunicativo mucho más eficiente que la oralidad, no sólo en lo que se refiere a la fijación de

leyes, inventarios de propiedades o distribuciones de tierras y herencias, sino, sobre todo, en lo que concierne a la comunicación de ideas, de relatos sobre el mundo, a la transmisión de creencias o, simplemente, a la descripción de la realidad o su recreación imaginaria, la traducción que hoy llamamos literaria –y que incluye tanto las obras de ficción como el ensayo– se convirtió en una práctica tan usual como inevitable. En el caso de obras científicas y filosóficas, primero el latín, después el francés y ahora el inglés funcionó como *lingua franca* entre la comunidad de eruditos y estudiosos, si bien, como también sucede ahora, las traducciones de este tipo de obras nunca dejaron de circular. Ahora bien, en el caso de los textos propiamente literarios –novela, poesía, teatro...– la traducción ha sido y es la actividad fundamental que permite definir la importancia de una literatura en el seno de otras literaturas. Sin traducción, la difusión de una literatura queda reducida a una minoría privilegiada de políglotas, y una literatura poco o nada traducida es siempre una literatura desconocida, como sucedió en España durante decenios con las literaturas eslavas, balcánicas o nórdicas. Pero no sólo eso. Una literatura que no se traduce es una literatura que termina siendo excluida del sistema general de trasvases e interacciones, es decir, que se convierte en una literatura encerrada en sí misma, en una literatura que no participa del espacio imaginario de la cultura entendida en un sentido universal o, si se prefiere, transnacional. Los escritores beben de la tradición literaria de la lengua en la que escriben, pero también, y en gran medida, de otras tradiciones. Basta con preguntarle a cualquier escritor español contemporáneo por su

biblioteca. Será difícil no encontrar en ella a Homero, Virgilio, Shakespeare, Cervantes, Dante, Dickens, Flaubert, Proust, Thomas Mann, Hölderlin, Kafkas, Musil, Tolstoi o Dostoievski... y ver que en la mayoría de los casos se trata de traducciones.

Y esto nos lleva a otra cuestión esencial: que la traducción es la que, en definitiva, da forma a una acumulación de material literario que constituye el pósito común del que beben escritores y lectores de diferentes países, una acumulación en la que no hay, de hecho, distinciones de lenguas. Nociones como la de literatura universal sólo son posibles porque el ámbito supranacional de la literatura es, precisamente, el de la traducción. Las influencias e interacciones entre autores que escriben en lenguas diversas, o la existencia de corrientes, estilos, estéticas e ideas que son comunes a distintas literaturas, recurrentes para cualquiera que se dedique a los estudios literarios, tienen como substrato la traducción. Y eso, dicho sea de paso, no es aplicable sólo a la literatura sino también, como decíamos antes, a las disciplinas humanísticas y al pensamiento.

Sin embargo, el reconocimiento del trabajo de los traductores literarios nunca ha ido parejo con esa importantísima función que la traducción tiene en el seno de nuestra cultura. Mal pagada y con un escaso reconocimiento social, la traducción ha sido siempre una profesión considerada «menor», caracterizada, eso sí, por el carácter vocacional de quienes se dedican a ella. Los traductores suelen ser ávidos lectores, grandes amantes de la literatura y profesionales autodidactos de forma-

ción (al menos, hasta hace algunos años, cuando aún no existían las facultades de traducción e interpretación), no tanto en lo que se refiere al aprendizaje de una lengua extranjera como a algo que es mucho más difícil y lento adquirir: el pósito de conocimientos, el bagaje cultural de que debe disponer un buen traductor literario. En nuestro siglo, además, la exigencia de *calidad* de las traducciones, es decir, el cambio de parámetros respecto a épocas anteriores de lo que se considera una *buen*a traducción, no ha ido acompañada de una mejora de las condiciones de trabajo de los traductores, tanto en lo que se refiere a la remuneración económica como a los plazos de entrega editoriales. Ciertamente hay algunos casos excepcionales, sobre todo cuando se trata de autores u obras de las llamadas «clásicas». Pero son eso, casos excepcionales. Por regla general, el traductor dispone de un plazo de tiempo muy ajustado para llevar a cabo su trabajo, y el salario que percibe no se corresponde ni de lejos con el esfuerzo invertido. El contacto con otros colegas de profesión es, además, difícil, dada la propia naturaleza de la actividad traductora y los condicionantes que acabo de mencionar. Y, por si fuera poco, al traductor se le achacan siempre los fracasos pero nunca los éxitos: cuando un autor triunfa en otra lengua, el mérito y los elogios siguen correspondiendo al escritor, pese a que el texto que los lectores leen ya no es el suyo porque está escrito en otra lengua, la de su traductor. Por el contrario, cuando fracasa, lo primero que se pone en tela de juicio es la *competencia* del traductor...

Las Casas del Traductor nacieron hace algo más de veinte años con la idea

de corregir en parte estas deficiencias, a través de las becas económicas que conceden y de poner a disposición del traductor las herramientas de trabajo necesarias para llevar a cabo su trabajo en las mejores condiciones posibles (bibliotecas especializadas, ordenadores, Internet, inmersión en la lengua de la que se traduce, en nuestro caso el castellano, etc.). Por su estructura de centros residenciales, las Casas hacen también posible el diálogo y el intercambio de experiencias con otros traductores y el contacto con los escritores, cuando se trata de autores contemporáneos. Esta incitación al diálogo es, tal vez, lo que más nos diferencia de nuestros antepasados de Faros. Porque el objetivo de las Casas es tanto estimular la creatividad del traductor como promover un debate intelectual más amplio que contribuya a su formación permanente y redunde en la calidad de las traducciones. Y aunque cada Casa conserva su autonomía de funcionamiento y desarrolla sus propias actividades, en función de las posibilidades y recursos con que las dotan las administraciones autonómicas o regionales del lugar donde se encuentran –recursos que constituyen la base de su financiación, ya que se trata de entidades sin ánimo de lucro–, todas comparten estos objetivos y juntas forman la Red Europea de Casas y Colegios de Traductores Literarios, lo que les permite estar en permanente contacto y realizar actividades conjuntas. Gracias a la existencia de las Casas y de las becas que, a través de ellas, ofrece la Comisión Europea, han podido llevarse a cabo, en estos ya más de veinte años, un gran número de proyectos de traducción que, sin esas ayudas, difícilmente habrían podido emprenderse.

A través de las Casas pretendemos contribuir también a deshacer algunos malentendidos en relación con la profesión, entre ellos el de la llamada *invisibilidad* del traductor. La idea romántica del escritor como demiurgo, como divinidad lejana a la que el traductor, simple médium invisible que trabaja guiado por su inspiración, debe servir de pasarela para comunicarse con otros lectores es sólo eso, una idea romántica que no se corresponde con la realidad del quehacer traductor pero que ha contribuido durante años al escaso reconocimiento del que goza –o gozaba– la profesión. Es la idea que encontramos también en el paradigma judeocristiano por el mito de los Setenta que relatábamos al principio: el traductor como un ser invisible (¿cuáles eran los nombres de esos setenta sabios judíos?) y la presuposición de que sólo existe *una* forma de traducir de texto (una única versión, inspirada en este caso por el Espíritu Santo). Pero las cosas no son así. Toda traducción es un tanteo interpretativo y, como tal, depende de las condiciones culturales, históricas y materiales en las que se lleva a cabo. Por otro lado, la calidad de una traducción es un factor muy importante, si no determinante, en la recepción que se hace de un autor en otra lengua, sobre todo cuando se trata de autores contemporáneos. Ser «bien» traducido, es decir, ajustarse a los paradigmas de calidad que impone una época, es un requisito indispensable para ser bien acogido por un público que va a leer la obra en una lengua distinta a la que originalmente fue escrito el texto. No hay duda de que existe una correlación más que casual entre el éxito cosechado por determinados autores españoles en otras lenguas y el buen hacer de sus traductores extranje-

ros. Y lo mismo podríamos decir cuando se trata de traducciones a nuestras lenguas peninsulares.

Facilitar ese buen hacer, fomentar el diálogo entre los traductores y entre traductores y escritores, contribuir a su formación y elevar la dignidad de la profesión a través de un mayor reconocimiento social de la misma es lo que pretendemos en la Casa del Traductor de Tarazona. Esta ciudad aragonesa que, durante la Edad Media, fue junto con Toledo un destacado centro de traducción de obras árabes al latín, y, por tanto, un importante foco de difusión

cultural –como recoge cualquier ensayo o manual que se ocupe de la historia de la traducción en España–, se ha convertido finalmente en sede de la Casa española, consolidando de este modo, a través de esta institución de carácter claramente internacional, su talante antiguo de ciudad hospitalaria abierta al mundo, el diálogo y la cultura. Como no podía ser de otro modo en una ciudad que proclama la gloria de Hera a través de su fundador, Hércules, el vástago humano de un dios griego cuya historia ha trascendido desde siempre las fronteras de las lenguas y la caducidad de las palabras.